

El Almirante

*La odisea de Blas de Lezo,
el marino español nunca derrotado*

LUIS MOLLÁ

El Almirante

*La odisea de Blas de Lezo,
el marino español nunca derrotado*



ALMUZARA

© LUIS MOLLÁ AYUSO 2018
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2018

Primera edición: Mayo de 2018

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, en el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

Editorial Almuzara • Colección Novela
Edición al cuidado de: ROSA GARCÍA PEREA
Director editorial: ANTONIO CUESTA
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com — info@editorialalmuzara.com

Imprime: CPI Black Print
ISBN: 978-84-17418-14-4
Depósito Legal: CO-653-2018
Hecho e impreso en España—*Made and printed in Spain*

Índice

Introducción.....	11
1. Pasajes de San Pedro, mayo de 1698.....	21
2. Palacio Real de Madrid, noviembre de 1700	29
3. Combate naval de Vélez-Málaga, agosto de 1704.....	35
4. Pasajes, Guipúzcoa, otoño de 1704.....	45
5. ¡Al abordaje!	59
6. Teniente de Guardacostas, 1707	71
7. Fin de la Guerra de Sucesión, 1715.....	89
8. América, verano de 1716	97
9. Lima, verano de 1730.....	111
10. Cádiz, otoño de 1730	131
11. Cartagena de Indias, marzo de 1737	141
12. Westminster, Londres, noviembre de 1684	151
14. Cartagena de Indias, Nueva Granada, 1739.....	163
15. Portobelo, noviembre 1739	175
16. Cartagena de Indias, enero 1741. Se fragua el ataque	195
17. Cartagena de Indias, febrero de 1741. La traición	211
18. Cartagena de Indias, 13 de marzo de 1741. Llegan los ingleses	223
19. Cartagena de Indias, 5 de abril de 1741. Cede Bocachica.....	237
20. Cartagena de Indias, 20 de abril de 1741. La traición del caballero	251
21. Cartagena de Indias, castillo de San Felipe de Barajas. La suerte de un imperio	267
Epílogo	295

*La literatura es
una mentira
que nos puede ayudar
a comprender la verdad*

INTRODUCCIÓN

Don Blas de Lezo y Olavarrieta representa una figura indispensable de la historia de España a la altura del Cid Campeador, el Gran Capitán o cualquier otro personaje de tintes épicos de la rica historiografía nacional. Como los dos ejemplos expuestos, el Almirante fue uno de esos militares honrados a carta cabal que a pesar de ganar todo tipo de batallas, en los más diversos frentes, a los enemigos de España, se vio cruelmente derrotado en el cuerpo a cuerpo con la propia administración española, razón por la que su figura no ha tenido la relevancia histórica que debería corresponderle.

La hoja de servicios de don Blas está mutilada o incompleta, lo que significa que algunos hechos de su vida no podemos sino extrapolarlos de leyendas o tradiciones que han llegado hasta nosotros trasmitidas de generación en generación. En realidad y tratándose de un marino de su talla, podríamos decir que su vida es un océano en el que apenas tenemos visibilidad en ciertas islas menores que suponen los hechos contrastados, correspondiéndose la mayor parte de su biografía con el misterio inherente a la inmensidad de los mares. Este detalle, que convierte en una aventura más que complicada, si no imposible, el intento de abordar su biografía en condiciones, permite a un escritor atrevido acometerla con ciertas garantías al precio de rellenar sus vacíos con las indispensables dosis de fantasía mesurada.

El Almirante no es, por tanto, ni pretende ser una novela histórica, sino un libro de aventuras centrado en un personaje real cuya vida se reconstruye alrededor de un número más o menos alto de elementos históricos contrastados. Las heridas y mutilaciones recibidas por nuestro personaje en la batalla naval de Vélez-Málaga, en la defensa del castillo de Santa Catalina, en Tolón, y durante el asalto a Barcelona en 1714, a consecuencia de las cuales quedó cojo, tuerto y manco, son completamente veraces, como también lo es el hecho de que debido a esas taras fue apodado «mediohombre» por sus compañeros de armas, alias que aunque nunca rechazó, no era de su agrado. Sí encajaba de mejor grado, por el contrario, el apodo de «Anka Motz» (pata de palo en vasco) que procedía de los marineros, vascos como él, con los que compartía la misma suerte en la rutina de la mar y sobre los que ejercía un profundo liderazgo.

Terminada la Guerra de Sucesión, con la incorporación al trono de España del primer Borbón, llegaron también, entre otras cosas, las ordenanzas militares francesas que reservaban a los empleos más altos de la Armada la misma denominación que se daba a los del Ejército, por lo que en el momento cumbre de su vida, la defensa de Cartagena de Indias contra los ingleses, la graduación de Lezo era la de teniente general, aunque a efectos narrativos y para mantener la solera de su condición de hombre de mar, he preferido referirme a él como almirante, otorgándole a título literario el empleo que le hubiera correspondido en nuestros tiempos.

Tras su épica victoria sobre Edward Vernon en Cartagena de Indias, en la actual Colombia, circula que el vicealmirante inglés, que comunicó a Londres antes del final de la batalla una victoria que en realidad nunca llegó a producirse, fue represaliado, expulsado de la Armada británica y su nombre quedó proscrito de la historia de Inglaterra, hecho que no sólo no sucedió, sino que el que recibió tan injusto castigo fue precisamente Blas de Lezo, el vencedor en la batalla de Cartagena y en otros más de veinte combates anteriores, la mayor parte de las veces contra los ingleses, resultando la triste paradoja, tan carpetovetónica por otro lado, de que

el único combate del que salió derrotado fue el que sostuvo contra los gobernantes de su propio país.

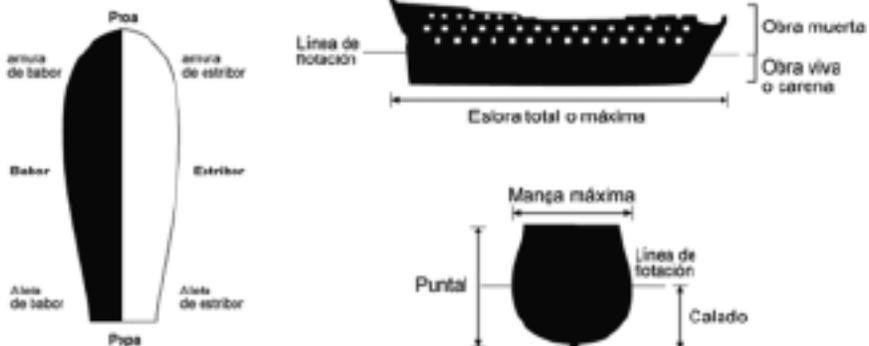
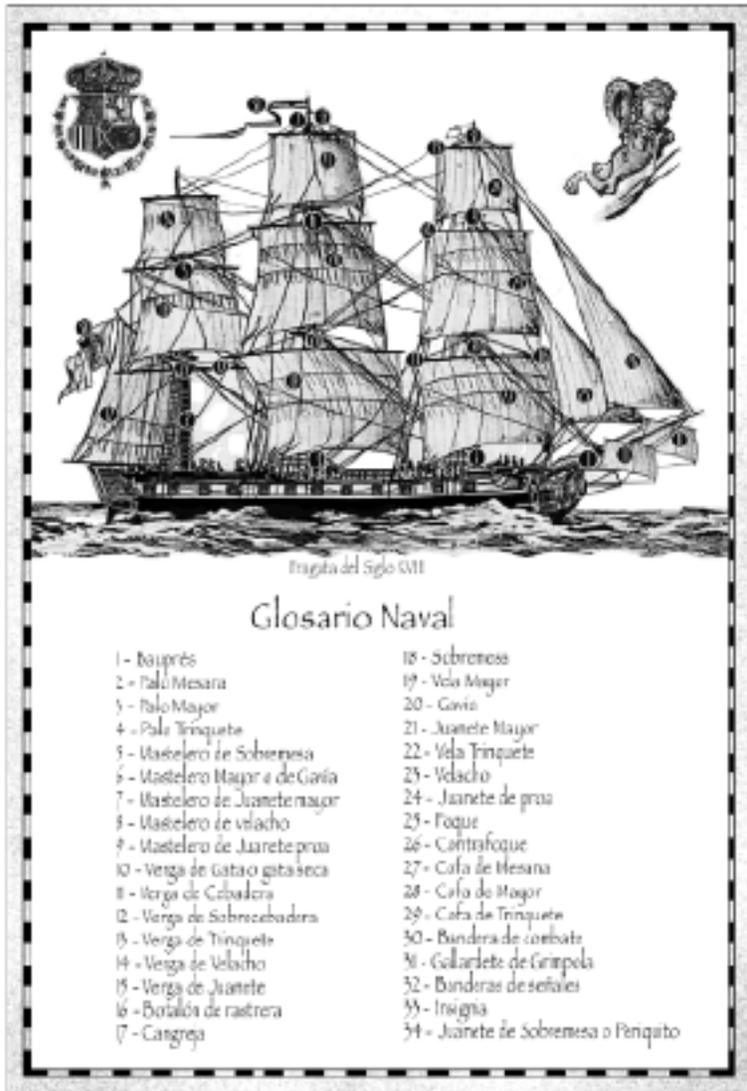
Afortunadamente, hoy la figura de uno de nuestros militares más emblemáticos y heroicos, y que tan denostado fue en su tiempo, está siendo restaurada poco a poco y los españoles empiezan a saber quién fue Blas de Lezo en unos momentos en que la crisis por la que atraviesa nuestro país, que no es únicamente económica, hace que nuestra sociedad esté más necesitada que nunca de este tipo de líderes, para, recordándonos quienes fuimos, permitirnos soñar con quienes podríamos volver a ser.

Hoy la figura de don Blas está siendo reivindicada como corresponde a sus muchos hechos y méritos, y aunque todavía no en cantidad suficiente, está recibiendo una serie de homenajes por parte de la sociedad española que hasta cierto punto compensan el olvido sufrido durante siglos. Sin embargo, es opinión de este autor que la guinda que falta a estas distinciones sería una película que honrara y divulgara en su justa medida al personaje, y liberara al cine español, al mismo tiempo, de los complejos en los que ha permanecido anclado durante demasiados años. En consecuencia, el autor ha elegido un estilo literario que centre la trama en el protagonista y los hechos que le son propios, alejándose en cierta medida de otros aspectos y personajes colaterales que permitan fijar y resaltar la figura del almirante vasco al modo de un guión cinematográfico.

En las páginas que siguen a esta introducción el lector encontrará un personaje fascinante que, pareciendo de ficción, es completamente real, aunque los detalles de los que se verá rodeado sean en algunos casos producto de la fantasía del autor. Blas de Lezo alcanzó las cimas del escalafón de la Armada a una edad tan temprana que dudo que hayan existido casos semejantes en la dilatada historia de la institución naval, viéndose por tanto obligado a ejercer el mando de no pocos buques y agrupaciones navales en uno de los escenarios bélicos más difíciles de imaginar y en circunstancias, casi siempre combates al cañón, que no permitían dudar ni hacer concesiones que pudieran ser aprovechadas por esos zorros de los mares que han sido siempre los marinos ingle-

ses. Más allá de su larga lista de virtudes como hombre y como marino, y también con sus imperfecciones, que como cualquier ser humano también las tuvo, la figura de Blas de Lezo se identifica con la de un líder militar extraordinariamente heroico y con la de un entrañable ser humano que a los españoles no debería movernos a otro sentimiento que el de un enorme y sanísimo orgullo.

*A mi madre, que subió al cielo cuando este
libro estaba a punto de ver la luz.
Y a mis hermanos, su mejor obra.*





A Blas de Lezo,
gracias Almirante
por pelear por España.

(Estatua de Salvador Amaya
en la plaza de Colón de Madrid)

1. PASAJES DE SAN PEDRO, MAYO DE 1698

La nave enfiló la bocana de la ría de Pasajes con las velas flameando al viento, aunque a buena velocidad. El centenar de paisanos que esperaban su llegada respiraron profundamente. El resplandor de la hoguera del cabo de la Plata había avisado de su llegada y más tarde los espejos confirmaron su identidad, sin embargo eran tantas las veces que aquel angosto brazo de mar en el que las dulces aguas del río Oiarso se abrazaban con las saladas del Cantábrico se había convertido en el escenario de los peores combates, desde los ataques de los vikingos muchos siglos atrás a los de cualquiera de los enemigos de España en épocas más recientes, que cuando el *Aingura*¹ hizo por fin su aparición, el suspiro contenido de la aldea se elevó hacia las alturas del monte Ulía como si se tratase de una oración.

Respondiendo a la etimología de los barcos de su clase, el *Aingura* era una pinaza construida enteramente en madera de pino. Se trataba de una embarcación pequeña, de cubierta corrida, popa cuadrada y tres palos: el trinquete, en el que arbolaba una vela cuadra con los blasones de la familia propietaria de la nave, el mayor, con dos velas igualmente cuadradas en la más alta de las cuales se repetían los blasones, y

1 Ancla en vasco

el mesana, con una vela latina o triangular que recogía garbosamente los vientos popeles. Un barco de construcción relativamente reciente como denunciaban los grumos que todavía se formaban en su madera, aunque su verdadera edad era imposible de calcular, pues había sido tomada por la fuerza a sus propietarios originales, un grupo de holandeses que habían asolado la costa vasca unos años atrás con la mala ocurrencia de haber rapiñado en Orio una partida de txacolí de la que decidieron disfrutar fondeados frente al promontorio de Telaizarra aprovechando la bonanza de la noche.

Los holandeses nunca volvieron a ver la luz del sol. Suponiendo que estarían borrachos, un par de balleneras de Pasajes, conocedores sus habitantes de la incursión en Orio, asaltaron la nave durante la noche y pasaron a cuchillo a los piratas. En vista de que habían tomado el barco mientras se encontraba plácidamente fondeado, los pasaitarras decidieron renombrarlo como *Aingura*, ya que su nombre original resultaba excesivamente difícil de pronunciar incluso para ellos, acostumbrados a la nomenclatura vasca más enrevesada. Tras la correspondiente subasta, el *Aingura* pasó a ser propiedad de Pedro Francisco de Lezo y Lizárraga, que con título de capitán de la Armada había servido a la patria con honor durante más de 20 años, siendo su intención a partir del momento en que se hizo con los servicios de la pinaza continuar sirviéndola bajo patente de corso.

Al llegar al pequeño muelle de la aldea el propio Lezo fue el primero en desembarcar. Después de gritar un par de órdenes a Patxi Nanclares, su fiel contraamaestre y hombre de confianza, se fundió en un abrazo con su familia y amigos. Allí estaban Casimiro Pereira, nacido en Pontevedra, aunque hacía muchos años que empuñaba la vara de la municipalidad pasaitarra, Juan de Sabaña, vicario parroquial, Miguel Mújica, propietario de la fábrica de harina, Pedro Urquidi, Presidente de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, con sede en la localidad, José de Leizaur, caballero de la orden de Santiago que no daba un paso sin consultar con su mujer, María Teresa de Cobarrubias, y así hasta una docena larga de amigos inseparables a los que acostumbraba a confiar a su familia cuando salía a *guerrear*, como solía

decir él mismo. Y naturalmente allí estaba también su familia, empezando por Agustina de Olavarrieta, su esposa, flanqueada por sus padres y suegros, Francisco de Olavarrieta y Magdalena Ubillos, y Francisco de Lezo y Pérez de Vicente y Rafaela de Lizárraga. Correteando entre ellos y tratando de abrazar al padre, sus hijos no disimulaban la excitación que les producía el feliz regreso del patriarca. Manuel Alberto, Agustín Cruz y Pedro Francisco ya habían cumplido 13, 12 y 11 años respectivamente, y aunque eran brillantes estudiantes aún no habían mostrado inclinación por ningún tipo de profesión en concreto. Con sólo tres años, Joseph Antonio tiraba del faldón del marsellés de su padre insistiendo en que abriera el arcón con el que solía embarcar para sus periplos marineros y en el que acostumbraba a guardar los objetos más pintorescos cuando se daba la captura de algún buque, y por su parte, María Josepha y Theresa Antonia, las más púberes con excepción de María Joaquina, que con sólo dos meses de edad dormitaba en su canasto de mimbre, jugaban a unir las palmas de sus manos al compás de una vieja canción vasca que probablemente todos los presentes habían cantado alguna vez.

En el ascenso de la comitiva a la casa de los Lezo, en la calle de San Pedro, en cuyos jardines estaba previsto celebrar el feliz regreso del paterfamilias asando una ternera joven, el capitán se detuvo y cogió en brazos a su hijo Joseph Antonio, al que tenía un cariño especial por haber heredado el nombre de su hermano del mismo nombre fallecido de fiebres dos años atrás.

—No hijo. Lo siento. No hemos encontrado en la mar enemigos ni piratas con los que batirnos. Sin embargo —el padre hizo una seña a Roberto, su paje, que portaba el arcón—, creo que es posible que encontremos algo dentro del cofre.

Tras rebuscar en el arcón, el padre extrajo una figura de madera que mostraba a un oficial de la Armada blandiendo el sable y que el chico tomó entre sus manos sin disimular un gesto de decepción antes de entregárselo a su madre. En ese momento y tras dejar a Joseph Antonio en el suelo, el padre paseó la vista entre sus hijos reparando en que faltaba uno de ellos.

—Dónde está Blas —preguntó buscando la respuesta en los ojos de su madre, que le devolvió la mirada con una sonrisa.

—¿Dónde crees? —terció el padre Sabaña apuntando a la pinaza amarrada al pequeño muelle de la aldea.

Una risa espontánea se levantó de entre el grupo cuando vieron al pequeño Blas encaramado a la parte baja de la jarcia de la *Aingura* sujeto por los brazos del viejo Sebas, su amigo inseparable, que trataba de evitar que el chico trepara a las alturas. El agudo silbido nacido de los labios del contra-maestre Nanclares, que se había unido al grupo que ascendía por la cuesta de San Pedro, hizo que Blas desistiese de sus intenciones y descendiese la plancha como un galgo para correr a echarse en brazos de su padre, mientras el pobre Sebas trataba de seguirlo agitando la cabeza y haciendo gala de una ostensible cojera.

—Padre —exclamó el niño alborozado cuando se vio en brazos de su progenitor—. ¿A cuántos enemigos habéis rendido?

—Aquí está mi muchacho —exclamó el capitán alzando el menudo cuerpo de su hijo —De modo que prefieres jugar con Sebas antes que venir a besar a tu padre.

—Claro que no —respondió Blas con dificultad desde su postura en el aire —. Sebas prometió enseñarme el barco. De no ayudarme a cumplir su promesa habría ido directamente al infierno.

Todos volvieron a reír ante la ocurrencia del chiquillo, en el momento en que Sebas lograba unirse al grupo con evidentes síntomas de fatiga.

—Demonio de muchacho —exclamó congestionado por el esfuerzo—. Lleva semanas soñando con este momento.

—Adora a su padre —terció doña Agustina con un mohín de ternura.

—Digamos que al menos tanto como a la *Aingura* —rio el capitán reiniciando la marcha hacia la casa.

Algunos quisieron continuar la chanza y buscaron al pequeño Blas con la mirada, pero este había descubierto la talla de madera que tan poco había entusiasmado a su hermano y se batía con ella contra un enemigo invisible.

Mientras tanto, el capitán caminaba ofreciendo el brazo a Sebas para ayudarlo a sostenerse en pie, mientras atendía alguna confianza del fiel amigo de su hijo Blas, cuarto de la larga prole del matrimonio Lezo Olavarrieta.

Sebas era un hombre entrado en los cuarenta que de joven se había ganado la vida en los balleneros hasta que una estacha quedó enganchada a su pie y al coger tensión le descalabró la pierna hasta el punto que hubo de serle amputada y sustituida por una de madera. A partir de aquel trágico momento dejó de navegar, empleándose primero en la propia factoría de ballenas de Pasajes y más adelante en la conservera de bonito, pero lo suyo era el contacto con la mar y con independencia de los trabajos en los que se empeñase para ganarse la vida, solía vérselo a menudo por el muelle ayudando a los pescadores a remendar sus redes y confeccionar sus sedales antes de afrontar la marea. A pesar de su tara, el mundo de Sebas seguía siendo la mar y aunque ya no pudiera ejercer el oficio de marinero, le gustaba sentarse en la taberna a recordar viejas historias y escuchar las de los que seguían haciendo de la mar su modo de vida. La primera vez que vio al pequeño Blas bajar la cuesta de San Pedro hasta el pequeño muelle pensó que se había perdido y se ofreció a devolverlo a su casa, pero pronto se dio cuenta de que, como él, el niño llevaba el mar en las venas y a partir de ese momento pasaban largas horas juntos, tiempo en el que Sebas le transmitía sus conocimientos de la profesión, recibiendo a cambio la ilusión que reflejaba siempre la mirada limpia del muchacho.

La fiesta duró hasta la caída de la noche. Antes, uno detrás de otro, los pequeños se fueron despidiendo de sus padres, abuelos y amigos de la familia y se retiraron a dormir. Luego, una vez se quedaron solos, los adultos hablaron de las preocupaciones propias de la situación del país.

—He oído que la salud del rey es delicada —comentó Casimiro Pereira con su habitual deje gallego.

—Bah, ese hace tiempo que no gobierna. Dicen que todo lo fía a ese catalán en quien tanto descansa la reina Mariana— se quejó la Covarrubias—. Pero mejor mantener los labios sellados, que en estos días dicen que hasta las paredes oyen.

—El conde de Oropesa —intervino don José de Leizaur tratando de justificar la alusión de su esposa al valido real—, es hombre inteligente y de recursos. En estos momentos de zozobra en que tantos esperan la muerte del rey para desmembrar el imperio, puede que sea el primer ministro más conveniente para España.

—Sí, pero el suyo es un gobierno títere en favor de los que mueven los hilos de la reina. Todos se hacen cruces con lo que haya de venir —volvió a escucharse la voz quejumbrosa de Pereira.

Se refería el gallego a que igual que la primera, la segunda esposa de Carlos II, Mariana de Neoburgo, tampoco había dado al rey un vástago capaz de heredar la corona española, y siendo la mala salud del monarca asunto común, muchos elucubraban en torno a su sucesión.

—Si la sucesión ha de ser cosa de Oropesa —se dejó oír la voz grave de Francisco de Lezo, padre del capitán de la *Aingura*—, me consta que la Corona de España podría ceñir la pequeña cabeza de José Fernando de Baviera. Así al menos parece haber testado nuestro rey Carlos.

—Santo Dios —terció doña Rafaela, su esposa—. Si no es más que un niño.

—Sería el final de los Habsburgo —sentenció don Francisco agitando la cabeza con pesadumbre.

Durante más de media hora la conversación giró alrededor de la sucesión de la Corona de España, asunto sobre el que se pronunciaron todos excepto el capitán Lezo, que en un momento dado la interrumpió levantando la mano derecha para reclamar la atención de sus invitados.

—Escuchadme —dijo una vez impuesto el silencio que reclamaba—. Como bien sabéis no hay nadie que conozca el alma de mi hijo Blas como su amigo Sebas. Pues bien, aunque era algo que en la familia todos sospechábamos, hoy Sebas me ha confirmado que Blas le ha expresado en varias ocasiones su intención de prepararse para llegar a ser oficial de la Armada.

El comentario del padre del muchacho desató la cháchara de la concurrencia. En general a los hombres les parecía una noticia jubilosa, pero las mujeres, en especial su madre

y ambas abuelas, consideraban que Blas era demasiado pequeño para someterse a la dura preparación de un oficial naval. Recabando por segunda vez la atención de los reunidos, el capitán intervino de nuevo.

—Ya sabéis que estando las cosas como están, si queremos respetar el deseo de Blas, a pesar de que apenas ha cumplido los nueve años, habrá que enviarlo a estudiar a Francia.

—Eso no es problema —apuntó el padre Sabaña sin ocultar un guiño cómplice a Sebas—. Le buscaremos sitio en los Jesuitas de Bayona.

—Será el terror de los enemigos de España —sentenció su abuelo Francisco de Olavarrieta.

La sonrisa que iluminó el rostro de los presentes hizo sonreír también a su padre.

—Entonces no se hable más, padre Juan. Mañana mismo nos pondremos manos a la obra.

Esa noche, antes de acostarse, Pedro Francisco de Lezo besó uno por uno a todos sus hijos. Al llegar a Blas, antes hubo de retirar la talla de madera de entre sus pequeños dedos, después le apartó el flequillo, besó su frente y le susurró en medio de su sueño:

—Ya sabes. Debes estudiar mucho y prepararte a conciencia. Se avecinan tiempos difíciles y tú tendrás que librar a España de sus enemigos.

Al retirarse a su dormitorio, el capitán de la *Aingura* confesó a su mujer que le parecía haber visto una sonrisa en el rostro angelical de su hijo.